

Enseñanza y laicismo

Figúrate, lector, que en una ciudad hay dos librerías. Cada una cuenta con sus compradores y su tertulia, que gusta de registrar las obras de su agrado. E imagina ahora que los visitantes de uno de los dos establecimientos deciden pedir á la autoridad que cierre el otro. ¿No te parece que, si ella lo hiciera, cometería inusitado desmán? Pongamos otro ejemplo. En el pueblo se han establecido dos almacenistas de comestibles. Libres son los clientes de acudir á aquel de los dos que les plazca. Pues bien; los parroquianos del uno, no contentos con favorecerle, pretenden que se encarcele al otro tendero, para que no sea posible la competencia. ¿No crees que intento tan irracional merece ser calificado de salvajismo?

Pon ahora donde dice librería, escuela, y sustituye la palabra almacenista por la de maestro, y comprenderás la enorme estulticia, el injusto absurdo que supone la persecución de las escuelas laicas. Cada padre puede llevar á su hijo al centro de enseñanza que le parezca preferible. ¿Qué derecho tiene á impedir que el vecino haga otro tanto con el suyo y á pedir castigo ó persecución para quienes no participan de sus gustos y sus opiniones?

El caso—se dirá—no es el mismo. La educación de la juventud tiene interés tan alto, reviste importancia tan excepcional, que requiere la función tutelar del Estado. Pero ¿es que el comer no reviste importancia? ¿Es que los comestibles adulterados no pueden perjudicar á la juventud tanto

como las definiciones del participio y la historia de Faraón? Y suponiendo que se sostenga que es primero filosofar que vivir, contra la explícita afirmación del sabio latino, ¿es que en la librería no cabe adquirir enseñanzas dañosas y que no puede un libro despertar la inteligencia ó adormecerla con igual ó mejor eficacia que un dómine?

Dejándose de sofismas y de distingos alquitardos, el caso es el mismo. Quien puede adquirir un libro ó un kilo de legumbres en donde se le antoja, tiene el indiscutible derecho de escoger para su hijo escuela. Si es salvajismo perseguir al tendero, no lo es menos perseguir al educador. Lo que hay en el fondo de estas odiosidades es un resto de feroz y brutal intransigencia, un sedimento de barbarie ancestral, impropia de hombres cultos y de pueblos que se llaman civilizados.

*
* *

El miedo á una determinada enseñanza, supone siempre incapacidad. Si los hombres carecieran de raciocinio, si fueran postes, en los cuales fuera suficiente pegar bandos de saber ó rutina, se comprendería el terror á las equivocaciones posibles de un maestro. Pero cabe plantear este ineludible dilema: si el alumno es necio, tanto se le dará de una como de la otra enseñanza; no aprovechará absolutamente ninguna, y como el error no está sólo en la escuela, caerá en él allí donde se encuentre, bien sea en el hogar, en el círculo, en el taller ó en el lugar de recreación. Si posee talento claro y perspicaz, contrastará en la observación propia los aforismos y sentencias ajenas. No habrá medio de convencerle de que dos y dos son catorce y de que los ángulos de un triángulo equivalen á

veintisiete rectos. Su buen juicio sabrá escoger entre la verdad y el absurdo. Sólo así se comprende que los más enconados enemigos del clericalismo y aun de la Iglesia hayan salido de los conventos. Desde Arrio hasta Lutero y desde Calvino hasta Lammenais, todas las herejías han apestando á incienso y han sido obras de curas. Cuando Satanás se rebeló contra el Creador, no se sabe que hubiera asistido á escuela alguna laica, como no las hubo en Babel, en donde queda demostrada la ineficacia de la enseñanza de los patriarcas.

¡Triste idea tienen de la humana razón quienes temen que pueda anularla la explicación de un maestro rural! ¡Pobre concepto de los dogmas quien supone que basta conocer las leyes físicas y los fenómenos mecánicos para que se derrumbe toda una religión que ha dominado las conciencias durante siglos! «No quiero que se sepa.» Ved el grito de la imbecilidad, de la tiranía y de la explotación inicua de los humildes. Pero los humildes necesitan saber; es ésta la compensación de la servidumbre, es la liberación espiritual de sus almas atormentadas. Pretender que cierren los ojos á la luz, que no escuchen la voz de la verdad, que envilezcan lo que en ellos hay de más noble, la inteligencia, es exceder en crueldad á los tiranos de todos los tiempos. «No quiero que se sepa», es decir, «soy culpable, impostor, falsario. Temo la luz, porque la luz es liberación y es enaltecimiento y es justicia».

*
* *

Ha dicho hace mucho tiempo M. Briand que del problema de la enseñanza y de su secularización depende el porvenir de toda la Francia. No ha hecho, en verdad, sino repetir lo que está en la

conciencia de todos los hombres. Limitar el campo del conocimiento es destruir su propia esencia, porque la verdad es una estatua que no puede ser mutilada, una Venus que, sepultada en Milo, hubiera surgido al cabo de los siglos, sosteniendo con una de sus manos su túnica y elevando con la otra el espejo de la sinceridad á manera de Eucaristía. Ser todo ó no ser. Su emblema es el triángulo, la figura fundamental geométrica, que deja de serlo al perder una sola línea. Su esencia está en su integridad y no puede ser conocida sino con todos sus teoremas y propiedades.

En lo que atañe á las escuelas laicas, digno es de observación el hecho de que los ignorantes, los inestudiosos y los rutinarios figuren siempre en el bando que les es hostil. ¿Qué puede temer de una escuela laica, católica ó budista, quien sabe pensar por sí mismo? Es quien pide la verdad hecha, el credo amasado, la ciencia de manufactura, quien exige el monopolio de la sabiduría para no tener que tomarse el penoso trabajo de escoger. Son el mal comprador que, incapaz de conocer los tejidos, busca el sello de fábrica representado por una tiara, como pudiera serlo por un sable, un látigo ó una cadena. Son el catador torpe que mira la etiqueta de los envases, sin ver que ha podido ser suplantada y que no es la etiqueta, sino el vino, el que ha de gustar al paladar.

¡Ignorancia, rutina, esclavitud; tenéis siempre por sobrenombre llanto! Porque no se puede ser bueno sin ser inteligente, y sólo quien sabe ama y perdona. ¿Queréis saber dónde está el error? Preguntad en qué parte está la intolerancia. La verdad es siempre indulgente, porque sabe, como Cajal, lo complicado de nuestro organismo, la complejidad del ambiente; lo que puede influir en nues-

tros destinos el desarreglo de una fibra nerviosa. La estupidez, por el contrario, falla en árbitro inapelable; se cree definidor y apóstol; tiene el proselitismo en la sangre como su veneno la víbora; de aquí los odios, las guerras y los crímenes que se pudieran evitar con un poco de amor, con unos adarmes de indulgencia. Pero ¿cómo pedirle á quien se juzga dispensador y árbitro del bien y del mal, de la tierra y del cielo?

¿Queréis saber qué escuela es la mejor para vuestros hijos? Aquella en que se le predica tolerancia, mutuo respeto y absoluto desinterés. Aquella en donde se le enseña la intransigencia, no es escuela, es redil, que no ha menester ser cerrado con violencia, porque se encargarán de clausurarle el progreso y el instinto de humanidad.

La intimidad ajena

Dos señoras se miran maliciosamente y el público protesta; un republicano adula á los reyes, y las gentes se indignan; un marido harto tolerante sonríe, y la muchedumbre le silba, como silbó París á Willy. Tal es lo que se dice; á mí no me consta. De todos estos hechos induce un escritor que las multitudes son necias, que se entrometen en aquello que no les atañe, como si estuvieran formadas de corregidores de Almagro, y que necesitan un dictador que, esgrimiendo la «virga férrea», les obligue á respetar á las Safos con guardapiés, á los tráfugas oportunos y á los maridos cencerreros.

Las razones en que se funda no pueden ser más ortodoxas: una sanción nos impone el Derecho y

otra la Moral. Se puede ser bueno ó ser malo, con tal de no perjudicar al vecino; una cosa es el *quod tibi vis fieri* y otra el *quod tibi fieri non vis*. No puede llegar la coacción donde no llega la ley escrita. Quien falta á los imperativos de la conciencia y no cumple los mandamientos, podrá arder algún día en las llamas de Satanás; pero no tiene por qué soportar la injuria y el denuesto de todos los demás pecadores, quienes harto harán con cuidar de su hacienda y sus menesteres, sin escudriñar los pecados ajenos.

Para acatar opinión tan prudente, no hay más que una pequeña dificultad: saber en qué punto acaba la Moral y en dónde comienza el Derecho. Siglos hace que vienen los sabios—y perdonen la irreverencia—dándose de calabazadas para dilucidar este punto, y aun estamos como el primer día. En fuerza de trazar esferas concéntricas, tangentes y secantes, de hablarnos de pureza de los motivos, de fines, de sutiles distingos y de otras zarandajas, hemos acabado por no saber de qué manera puede ser justa una acción inmoral, ni en dónde están los hitos de los dominios de Juno y de Temis. Después de leer á Zenón, Séneca, Cleanto, Sócrates, Hutcheson y Reid, nos quedamos tan en ayunas de lo que diferencia la Moral del Derecho, como después de estudiar á Helvecio, Wolf, Ahrens, Pillon, Holtzendorff y Guyau. ¿Ni cómo podrán estar de acuerdo si entre todos no saben lo que es la Moral misma, y demuestran la verdad de lo dicho por Schopenhauer: «Es fácil predicar la Moral; no lo es tanto decir en qué consiste»?

No tiene el vulgo por qué entrar en semejantes disquisiciones. Para él lo moral y lo justo dejan de ser conceptos abstractos; presiente que cambian y deben cambiar en cada persona, lugar y tiempo, y

se limita á protestar de los hechos que considera disconformes con su concepto actual de la vida y sus conveniencias sociales. Califica las acciones de buenas ó malas, según le parecen ó no útiles para satisfacer las necesidades colectivas. Generaliza inconscientemente al modo de Kant, y se pregunta si lo que ha de juzgar sería conveniente que todos lo hicieran, si estaría bien que todas las hembras se cortejaran, y todos los pensadores fueran apóstatas y todos los maridos cornudos; y cuando su conciencia le dice que no, aplica su sanción á los que juzga delincuentes, como perturbadores del común bienestar y propagadores de un mal ejemplo.

La observación experimental implacable va concluyendo, por otra parte, con todas las quintas-esencias metafísicas, y ha dado á entender á las gentes que ni la Moral ni el Derecho son cosas que vienen de lo alto, sino sencillas reglas de conducta para el mejor funcionamiento de la sociedad y de sus órganos. No conviene á la especie que haya vicios contra Natura, y así los proscriben; no es útil á la colectividad que los hombres falten á sus promesas, ni que hagan de su deber marital granjería, y por lo mismo censura estos hechos. Pretender que al hacerlo el vulgo se pregunte dónde acaba el Derecho y empieza la Moral, y resuelva problemas que no han resuelto los pensadores en docenas de siglos, es sobrado pedir á las muchedumbres y á los dictadores.

Conforme á la vieja dogmática, hay hechos punibles que no tienen sanción, y lo que es peor, que no deben tenerla. En la ajena conducta hay enormidades que nos deben preocupar, y otras que nos deben de tener sin cuidado. Pero este es un error que no debe ya subsistir. Las acciones malas, sea

la que fuere su índole, perjudican á todos; aun los mismos pensamientos falsos ó criminales dañan profundamente á todos los hombres. Bien que se queden sin castigo aquellos que son ignorados; pero los que se saben, si es que se saben, merecen pena, y cuando ésta no existe en las códigos, toca aplicarla sin miramientos al sabio instinto popular.

Lo inmoral es lo injusto que nadie sabe; lo que daña á los hombres, sin que ellos se percaten; lo que daña á los propios ajenos fines (fines naturales, orgánicos) sin que lo observen el juez ni el legislador. Pero éstos no son sino mandatarios de la sociedad, y si ella se entera, á ella toca subsanar el defecto legal. No es indiferente al bienestar y al decoro públicos que las mujeres pierdan la pública honestidad, que los ciudadanos se corrompan y los maridos se encanallen.

Es un deber la educación para con las gentes bien educadas, no para con quienes hacen público alarde de impudicia; es conveniente respetar las intimidades ajenas, cuando no corrompen las propias; es un principio la tolerancia para con los buenos y tolerantes. Pero respetar la ajena incorrección á pretexto de que no nos importa, sería desconocer la solidaridad y el enlace que hay entre todas las cosas humanas.

El pueblo francés no se preguntó si era ó no inmoral la amistad de la duquesa de Moray con la desenfadada Collete. Ello le tuvo sin cuidado. Pero cuando llevaron al escenario sus impudicias y el marido las aplaudió, le insultaron, y además le cruzaron la cara. Castigaron su descoco, no como algo inmoral, sino como un insulto á la sociedad, verdadera infracción jurídica.

Por lo demás, las muchedumbres, que se preocupan en asuntos más graves, y que si no los re-

suelven por si es por oponerse á sus justos anhelos la fuerza bruta, no aplican muy severas sanciones á estos casos de supuesta inmoralidad y de verdadero atentado al Derecho; una silba ó un acre comentario no es sobrada sanción para quienes, después de arrogarse la representación de los mejores, muestran con su conducta que no la tienen sino por insensato privilegio.

Los muertos y los idos

Un servidor galoneado ha sacado del lujoso almacén una caja redonda y la ha colocado en el pescante. Luego, una señora enlutada ha salido también y se ha dispuesto á subir á la enguantada y lustrosa berlina. «Juan—ha dicho al lacayo—, ¡mucho cuidado con la corona!» El criado ha asentido con una reverencia, y la señora ha colocado en el estribo su bien calzado pie.

Pero en aquel momento se ha acercado á la portezuela una sombra tétrica y doliente. Una mujer escuálida, lívida, revestida de harapos negros, ha tendido su mano temblorosa. La gran señora la ha mirado un momento y ha debido ver en su rostro macilento las huellas de un dolor infinito, porque ha abierto su portamonedas, ha sacado de él unos cuantos discos de plata y los ha puesto en la mano de la mendiga, diciéndole con acento piadoso: «Tome usted y compre también un puñado de flores á sus muertos.»

Se ha cerrado la portezuela; el cochero ha fustigado el engallado tronco; ha partido el vehículo, y ha quedado sola, en mitad del arroyo, la mujer enlutada. Ha permanecido un momento inmóvil, y

luego ha roto en amargo, ruidoso, desconsolado llanto.

Sus hijos no tendrán flores ni coronas; para ellos es imposible toda ofrenda, porque han muerto en el barranco del Lobo, cara al sol africano, y sus restos han sido devorados por las aves errantes y carniceras que, en la noche siniestra, lanzan sus graznidos sobre el alcor.

*
* *

Vosotros, los que cubris de hojarasca y de vanidad los sepulcros, sabed que son muchas las madres que no saben en dónde reposan los pedazos de su corazón. Los que mueren por defender vuestras riquezas y vuestros privilegios, no suelen tener epitafio. Sus madres están condenadas á errar sin consuelo sobre la tierra empapada en lágrimas, llevando en las manos un puñado de flores marchitas, que no sabrán dónde arrojar, porque la tierra, como su infortunio, es muy grande. ¿Queréis honrar á vuestros muertos? Llevadles el sacrificio de vuestro egoísmo y vuestra vanidad, el sentimiento de la justicia, el amor á vuestros semejantes vencidos y humildes. Ved las flores que no se marchitan, las ofrendas que nunca prescriben. La muerte sólo pide un tributo: la vida; para reverenciarla, es preciso saber vivir.

*
* *

Llevamos nuestra frivolidad al borde mismo de lo eternamente ignorado. Atestamos los nichos de flores de trapo, de fruslerías y juguetes ridículos, sin ver que son nuestras virtudes y nuestras accio-

nes magnánimas las que hemos de llevar allí en holocausto. Una acción generosa, un apasionamiento ideal, dicen más en favor de un progenitor que todas las inscripciones hueras. ¿Qué importa que la que nos hizo galardón de la vida yazga en sitio ignorado de la fosa común, acaso á muchas leguas de nuestro retiro solitario, si encerrados en él, pobres de fortuna, pero ricos de idealidad, podemos decir en voz queda y llorosa, como la de quien evoca á una sombra augusta: «Por ti, madre, porque me diste, con la vida, el ansia secreta de lo inefable, porque en tu regazo dormí sueños de paz, fui digno; por ti, supe de virtud y decoro. No cometí injusticia ni iniquidad, no hice derramar lágrimas, honré tu nombre; he aquí las flores que te traigo!»

Pero no hacemos tal. Creemos cumplir con nuestros muertos encendiéndoles lámparas ó cirios y encargando de su cuidado manos mercenarias. Y luego, en la soledad de la noche, arrebujaos en el cobertor de nuestro lecho, cerramos los párpados con fuerza, temerosos de los aparecidos. Los seres más amados no son para nosotros sino espectros acusadores, cuya presencia nos causaría inmenso pavor. Uno nos pediría su fortuna, conquistada por él con fatiga y derrochada por nosotros en frívolos placeres; otro nos demandaría cuentas de nuestras infamias y bajezas; el más benevolente nos interrogaría acerca de su honor y de su prestigio. Y nosotros le diríamos: «¡Vete; ya puse en tu sepulcro coronas, ya te hice sufragios, ya salmodié oraciones. Ya tu fortuna y tu nombre son míos. Vuelve á tu sepultura. Los muertos sólo tienen derecho al olvido!»

Pero los muertos vuelven, en las horas medrosas y opacas, unas veces á besar nuestras frentes,

y otras á mirarnos con sus cuencas vacías, como dos siniestros y acusadores interrogantes.

*
*
*

Nosotros también moriremos. ¿Por qué conturbarnos? Recostados en nuestro cenotafio, tendidos, cara al sol, en el barranco lúgubre ó arrastrados al fondo del mar por el proyectil atado á los pies rígidos, no haremos sino cumplir la ley inexorable de la renovación universal. Sin nosotros, habrá en el universo armonías, y aleteos en los boscajes, y risas jocundas sobre las praderas de césped y herrén. Otros hombres gozarán de nuestras riquezas y darán nuestros nombres á la veneración ó al oprobio, y también ellos, en las horas medrosas y apocalípticas, creerán sentir nuestros besos sobre sus frentes, ó sobre sus pupilas atónitas el peso de nuestra mirada dura y fiscal. ¿Qué importará entonces que haya ó no sobre nuestros restos unas cuantas flores de trapo? Sumergidos en el infinito misterio, habremos incorporado nuestra labor á la obra de los hombres, ó habremos pasado sobre la tierra como un hálito frío. Y si hemos acertado á vivir, seguiremos viviendo, porque la vida es energía, y la energía es algo sin principio ni fin, que, en forma más ó menos tangible, jamás desaparece y nunca se acaba...

Homicidas

La tragedia del tren jerezano nos ha conmovido con su grandeza brutal y sangrienta. Sobrecoje la ferocidad de los dos bandidos, su inimitable sere-

nidad ante la seguridad de la muerte próxima. Después de repugnar á la conciencia y de chocar contra la razón, el crimen salvaje, el que pasa los límites de lo humano, nos pasma con una cierta emoción estética que hace palpar la dermis de fiera que todos llevamos aun los más honrados, aun los más depurados por las exquisiteces del arte, entre carne y piel.

En todos los tiempos, la tragedia se llama crimen, y el público de las más distintas latitudes siente ante el sanguinario sacrificio hondo escalofrío. Están aún cercanos los tiempos en que los hombres debían disputarse el alimento, la hembra y el bienestar con los dientes y con las uñas, y sentimos el llamamiento ancestral del luchador salvaje aborigen que nos legó, en un momento de espasmo, su sed de sangre y su apetito de posesión.

Escandalizaos de esta doctrina los que buscáis al hombre un origen celeste. Para mí, el Edén se llamó caverna y es, en fuerza de sufrimientos, de desengaños, de esfuerzos dolientes, como el hombre se eleva al concepto del bien. Es á fuerza de enseñanza y cultura como el humano puerco espín va quebrando las puntas de su feroz instinto. Pero todavía, dentro de su jaula dorada, siente el hombre moderno ansias de independencia, de crueldad, de arrebató homicida. Una ráfaga líbica le ha hecho olfatear, desperezarse, abrir sus fauces y afilar sus garras. Las más veces torna la somnolencia; pero otras, la bestia carnícera surge, los hierros se quiebran, la víctima es despedazada y el acobardado espectador admira.

*
*
*

Decidme si se ha extinguido el culto del valor. Y el valor, despojado de falsas aureolas románticas, no es sino la primitiva fiera que rompe sus ataduras y salta al anillo. Quitad la indiferencia suprema por matar y morir en el hirviente frenesí de la lucha por la lucha misma, y habréis quitado al valor su prestigio. El héroe es siempre un impulsivo. La abnegación, el heroísmo, el sacrificio, no formulan teoremas; se basan en ímpetus, en arrestos reflejos é inconscientes. Y esa inconsciencia es también la que admira á César, y á Alejandro, y á Gengis Khan, esos grandes felinos en celo que han escrito con sangre de vencidos la Historia.

Y ahora mismo... reverenciamos el sacrificio, no por lo que pueda tener de altruista, sino por lo que encierra de feroz el aceptar el propio aniquilamiento. El desprecio á la muerte no es sólo el primero de todos los resortes dramáticos; es también el origen de todos los cultos. Un ara en su origen es siempre algo rojizo, y el que cruza las manos para orar repite sin pensarlo el ademán suplicante del vencido guerrero que presenta sus manos para que se las ate el vencedor, debiendo optar entre la esclavitud y la muerte. Ved por qué France ha puesto en la fuente de las grandes instituciones de los pingüinos la lucha, la brutalidad y la violencia.

Todavía nos emociona el fiero heroísmo; es decir, el ciego y primitivo arrebató. Durante muchos siglos, los pueblos más fuertes serán los de instintos guerreros, y el pueblo preferirá á la frase de Aurelio el gesto de Catón. Sus ídolos lucharán en la arena con toros bravos ó en el estadio con atletas. Y cuando el amor en un hombre se transforme en insensato delirio y por la hembra asesine, toda-

vía los timoratos invocarán en favor del verdugo la ley del honor.

* *

Toda una escuela antropológica nos habló un día de criminales natos. Pero todo hombre es un criminal nato que ha de cincelar, en fuerza de labor reflexiva, su propia escultura moral. Niño, siente el vértigo de la destrucción, que es en él la voz del instinto; más tarde, la sensualidad, que es el grito egoísta de la raza; luego, el ansia de poseer, que lleva aneja la impasibilidad ó el regocijo ante el mal ajeno. Y preso en las redes de una civilización que le oprime, y de la cual en secreto abomina, no comete los crímenes de los bandidos jerezanos por falta de vigor ó porque sus condiciones de vida no son iguales. Sólo los menos, los que modelan á fuerza de junque su voluntad, llegan á ser incapaces del mal. ¿Decís que no? Entonces no nos habléis de educación. Si en nuestro origen somos buenos, esa palabra no tiene sentido.

* *

Si; de cada cien personas que conocemos, cincuenta, por lo menos, serían capaces de cometer los mayores crímenes. Mirad sus ojos, y en iracundos destellos sorprenderéis á veces el fuego que hizo arder la ciudad de las siete colinas. Mujeres que os parecen discretas, hombres que se os antojan pusilánimes, creéis de buena fe que son incapaces de robar, porque tienen cuanto necesitan; de matar, porque el hacerlo ningún bien les reporta. No han abrasado el Capitolio, pero han hecho de propósito el mal. ¡Cuántas miradas homicidas, si pudieran exterminar, serían más temibles que la

espada de veinte caudillos! ¡Cuántos llantos hipócritas esconden la más inhumana codicia junto al lecho de los moribundos! ¡Cuántas veces, mirando un estertor, alguien que parece enjugar sus párpados, si el moribundo reviviera, no apagaría este grito brutal en su pecho: «¡Miserable, muere!»

* *

Seamos humanos, eduquémonos, domeñemos la fiera. Pero no creamos que los asesinos son los únicos que merecen execración. Hacen brutalmente lo que otros hacen con maña solapada y cruel frialdad. Pero la labor apenas está comenzada. Dejemos de buscar enseñanzas en el pasado; el enaltecimiento, la virtud verdadera, está en el porvenir.

Chiquilladas

Han llamado á mi puerta. He acudido y he visto en el rellano á una niña cubierta de harapos, llorosa, friolenta; tendría de seis á siete años, y en sus ojos magnos, pero atemorizados por no sé qué amenazas siniestras, he leído la compungida angustia de toda orfandad prematura. Con voz balbuciente, entrecortada como un deletreo, me ha pedido una limosnita para el Sagrado Corazón.

¡Para el Sagrado Corazón! Pero ¿hay corazones que envían á los niños así á implorar compasión y socorro de puerta en puerta? Me he quedado inmóvil, mirando á la infeliz criatura, en cuyas mejillas amoratadas se veía la cruel mordedura del frío. Y he sentido una atroz rebeldía, una indignación seguramente inoportuna «Anda, niña

—le he dicho, con la impasible crueldad con que hubiera rechazado á Ashaverus—; nada puedo darte. Dios te perdone. ¡Dios nos perdone á todos!»

*
**

La he oído bajar la escalera con pausada tribulación. Una tosecita infantil y seca me ha avisado que estaba en el zaguán. He cerrado la puerta y he sentido en el pecho una opresión extraña. Sin darme cuenta de lo que hacía he corrido al balcón, y quitando con el pañuelo de los vidrios la congelada escarcha, he mirado á la calle. La niña no iba sola; una mujercita vestida de negro, cubierta con un manto flotante, la acompañaba en su peregrinación errabunda. Y he visto caminar de prisa á las dos, con las cabezas inclinadas, con paso desigual y precipitado, como dos pinzones ateridos.

He sentido arrepentimiento, vergüenza, de no haber cogido á la niña de la mano, de no haberla llevado junto al fuego, cerca de la mesa provista de manjares y golosinas, bajo el círculo amoroso de luz de la lámpara familiar y de no haberle dicho: «¡Bien venida seas en el nombre de Aquel que dejó que se le acercaran los niños!» Pero ¿y la otra? Joven, hermosa, sacrificaba la juventud y la alegría á una regla inflexible y tétrica. Ella también creía que realizaba una obra piadosa llevando á los niños hambrientos á pedir para un corazón insaciable de devociones y holocaustos. Y aun supondría que realizaba una obra de redención, de enaltecimiento... ¡*Oh sancta simplicitas!* ¡Cómo retardas toda labor de verdad y justicia; cómo llenas de tinieblas el mundo y cómo cubres de llanto estéril las pupilas de los humildes!

Había perdido de vista á la niña. Sin duda se-

guía caminando, trémula, pálida de cansancio y de atermia, protegida tal vez bajo unas alas invisibles... Confiados en tan magnánima protección, los hombres la entregaban al abandono, á la suciedad, al hambre, al frío, á la humillación, al miedo y al inútil sonrojo.

Comenzaba á caer una fina y sutil aguanieve. Y yo seguía pensando en la joven atribulada y marchita y en la niña aterida y balbuciente, pidiendo de dintel en dintel limosna para una divinidad implacable, omnisciente y todopoderosa, cuyos representantes se cubren con telas bordadas, habitan palacios suntuosos, heredan los patrimonios más pingües y acaparan los ocultos resortes del poder y de la influencia social.

*
**

Aun no hace muchos días ocurrió un suceso espantoso, trágico, que pudo evitarse, si además de poner á los niños bajo la salvaguardia de deidades ocultas, les dedicásemos la atención y el esmero que la Naturaleza y el deber nos imponen. Una madre subió al tren con un pequeñuelo sonrosado de menos de cuatro años. La cándida y débil criatura apoyóse en la ventanilla para deleitar su alma naciente á todas las emociones con la magnificencia del paisaje, del campo preparado á todos los goces, del cielo azul abierto á todas las luminosas promesas; sin duda su progenitora encomendaba el niño á los hados benéficos y ponía el fruto de sus cariños y desvelos bajo la advocación de las más altas excelsitudes.

Y he aquí que, por descuido ó torpeza de los encargados de asegurarla, se abrió la portezuela y el niño fué proyectado sobre la vía. Un grito de